

Diego Santomé

David Barro

Diego Santomé es un artista interesado en la idea de proyecto. Con producciones que ligan mucho con el concepto de la performance, Santomé construye acciones para conectar con lo social, desde los márgenes de lo que se considera arte y valiéndose del humor y la ironía para llegar a sus fines. En su trabajo existe, por tanto, un interés crítico, un posicionamiento nada cómodo que le llevan a ensayar fórmulas relacionales que desbordan la rigidez y convenciones del arte serio. Por eso busca siempre trabajar con más gente, con los momentos, con el tiempo o el lugar donde ocurren las cosas. Sin olvidarse de los objetos, los asume como interferencia a partir de diferentes intervenciones.

Diego Santomé entiende el arte como actitud y, por eso, todo semeja cotidiano y simple en sus obras, porque desde sus pequeños relatos de vídeo hasta las más complejas videoinstalaciones, todo se resuelve como la más personal de las poesías, como un diario íntimo. Y es que su obra se nutre sobre todo de las vivencias del día a día, desde el entierro del gato familiar, la exposición de dibujos que representan acciones de su cotidianidad, la disposición de un teléfono para hablar con el propio artista, unas bolas de billar desprovistas de su función producto de una divertida mudanza de escala, la oferta de sí mismo como artista, acciones de sus hijos, o la creación de su propia Fundación a partir de una inteligente y cáustica estrategia de legitimación en el universo comercial del arte. De ahí títulos como Trabajos inútiles, que descubren como la pieza deviene estética gracias a la asunción de la disfunción que se produce con su mercado, traficando con el alma del objeto, con la belleza de dejarlo sin armas ni sentido.

Diego Santomé confiesa interesarse por las fórmulas de reutilización y reciclaje artístico, coqueteando con la propia historia del cine a partir de autores referencia para su obra como Kiarostami, Sokurov, Tarkovski o Guerín. Un making-off con tintes de humor de lo que pasa a nuestro alrededor. Pero será, sobre todo, un interés por la llamada 'estética relacional' lo que marque su manera de componer obras y su manera de expandirlas por el espacio expositivo.

Conviene, en este sentido, destacar cómo Diego Santomé alude continuamente a la posibilidad de implantar un discurso poético -y sinestético- en medio de los intercambios y signos puramente informativos y comunicativos de la vida; cómo nuestra percepción de los espacios y las cosas está determinada por una visión utilitarista que elude, junto con el azar de los encuentros, una relación emotiva, sensual o sensorial, y obviamente reflexiva o intelectual con ellos. Generar una especie de línea melódica de la variación continua en la que se reafirma y aumenta la potencia de existir, esa sería la guía que atraviesa el conjunto de las creaciones de Santomé, desde la particular creación de un microespacio expositivo donde se replican las obras de amigos y autores referenciales, de nuevo bajo la noción de lo que hay de común y en común entre algo que me afecta de alegría y yo mismo (la Fundación Diego Santomé, otro dispositivo lúdico, otra ironía, consigo mismo, con los dispositivos institucionales del arte) hasta *The Perfect human*, ese remake intimista, paródico y familiar de la película de Jorgen Leth.